

Próximo número:
La preciosa novela film vodevil

LA CHICA DEL TAXI

por los esposos de Haven

Postal-fotografía:
WILLIAM DUNCAN

Sale todos los miércoles
Precio 25 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 29

25 cts.



LA HIJA
DEL PASADO

por
Anita Stewart
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXIX

LA HIJA DEL PASADO

por ANITA STEWART

Pathé Consortium Cinema

CONCESIONARIOS: VILASECA & LEDESMA, S. A.

Paseo de Gracia, 43. — BARCELONA

La tumultuosa corriente de una vida de placer y de escándalo había arrastrado al olvido el nombre de Elena Gray, y sólo se la conocía por La Soberana, nombre impuesto por el imperio de su belleza.

Pero los encantos de la hermosa mujer, más que á ella misma servían de medro á Enrique Petworth, dueño del Templo de la Orgía.

Terminada su educación, Rosaura Athelstane se sentía felicísima porque dejaba el pensionado. Dos hermanas la acompañaron hasta la puerta

de la casa que habitaba Elena Gray, cuyo verdadero nombre sólo era conocido de las monjas del convento y de Rosaura, su hija adoptiva.

Rosaura tuvo el deseo de presentarse á su protectora sin nadie, por sorpresa, y á ello accedieron las hermanas.

En efecto, la impresión de La Soberana al ver á su hija adoptiva fué mayor de lo que ésta se imaginara. Estaba bailando; bruscamente abandonó á su pareja, se abrió paso entre el torbellino de diversión y, azorada, empujó delante de ella á Rosaura y la condujo á sus habitaciones particulares. Una vez allí, las dos mujeres se abrazaron con gran afecto. Rosaura agradeció una vez más las bondades que La Soberana tuvo para con ella desde que muriera su madre; y la preguntó, pues ello la intrigaba, porque no quiso jamás llamarla á vivir en su compañía. ¿Por qué, asimismo, no la había permitido quedarse en aquel deslumbrante salón que con sus luces y con su música invitaba á quedarse en él?

La Soberana no contestó más que á la última pregunta, y fué en estos términos:

—No, querida mía, no puedes bajar... Tu vestido es demasiado modesto para esa fiesta.

Luego, rogando á Rosaura que se repusiera de su viaje durante su corta ausencia, La Soberana salió de las habitaciones para volver á su obligación de fingir para alegrar. Pero se le cruzó antes Enrique quien, sorprendido de la presencia de Rosaura en su casa, y de la precipitación con que su pupila la había hecho desaparecer del *hall*, quería descubrir el misterio.

Para demostrar mejor á aquel hombre avariento la fuerza que tenía para velar por Rosau-

ra, La Soberana le dijo:

—Esa joven, que se llama Rosaura, es un secreto de mi pasado que oculté á todo el mundo. ¡Rosaura no debe saber nunca que yo soy su madre!

Enrique lo había sospechado y, satisfecho, sonrióse...

La Soberana sabía que Enrique era capaz de todo y, temerosa de una traición de su parte, le notificó al separarse de él:

—Si usted se lo dice, si le amarga la vida con la vergüenza de su origen... ¡le mataré!

No pudiendo sospechar que Rosaura contrariaría sus órdenes, La Soberana había reanudado la bacanal que ella dirigía.

En el mismo momento que alzó su copa para brindar por el goce continuo de la vida, reapareció Rosaura, esta vez ataviada con una de sus ricas «toilettes», que debió hallar curioseando su ropero.

Rosaura era bella, y el candor de su rostro realizaba su valor físico. Pronto varios conquistadores la rindieron honores.

De nuevo, La Soberana interrumpió la fiesta para arrancar á Rosaura del venenoso ambiente. Altamente interesada por los dos espectáculos que habían sido dados aquella tarde, la clientela intentaba seguirlas hasta sus habitaciones.

—Por favor,—gritaba á todos La Soberana—no se acerquen á ella, no la toquen... ¡Ah, si ustedes pudieran comprender!...

Todos los presentes sintiéronse poseídos de un respeto extraño y, silenciosos, contemplaron la precipitada fuga de las dos mujeres hacia las habitaciones particulares.

En estas últimas, Rosaura, que empezaba á comprender que aquel sitio no le era adecuado, exclamó:

—¿Dónde he venido yo? ¿Qué clase de vida es de esta casa?

La Soberana la recomendó no volviera á salir de donde estaba hasta que fuese por ella y se dispuso á reintegrarse á su obligación. Pero en el rellano de la escalera frente á sus habitaciones, La Soberana halló á uno de los más depravados y asiduos clientes de la casa, que no le disimuló sus deseos de conocer y tratar á la «pequeña». Aquella le cerró el pasó, diciéndole:

—Ella pertenece á un mundo muy diferente del nuestro... ¡Su pureza se mancharía con vuestro contacto!

Rosaura, mientras tanto, comenzaba á poner en práctica una rápida decisión irrevocable que la condujo á alejarse, como náufrago que se agarrase á una pavesa salvadora, de aquel lugar indecoroso.

Cuando reapareció La Soberana en sus habitaciones, Rosaura las había abandonado ya. Aquella deshizo en llanto del alma su acerbo dolor, acentuado más aún por la carta que le escribió su hija, redactada como sigue:

“No debo permanecer aquí ni puedo volver al colegio. Sé lo que debo á usted, y jamás olvidaré sus maternales cuidados; pero es imposible que siga aceptando unos medios de vida cuya procedencia acabo de conocer. Me voy con una gran desilusión, porque usted era para mí el ideal de todo lo bueno.

Rosaura“.

La voz de algunos calaverones exigentes, que

la reclamaban con insistencia, promoviendo escándalo, recordó á La Soberana que no era dueña de sus actos, porque se debía á su asqueroso oficio.

Hecho pedazos su pobre corazón de madre, aunque sin poder disipar de su rostro el velo de tristeza que lo cubría, La Soberana iba á reunirse con sus «abonados». En rique Petworth la ordenó, imperativo, por lo bajo:

—Sonríe, condenada... ¡Sonríe!

Era necesario prescindir de sentimentalismos, acallar el alma misma y lanzar el cuerpo insensible al torbellino de placer.

—¡Díeme un vaso de vino!—gritó La Soberana desde la escalera.—Bebamos por el amor... por la alegría...

La ficción había sido notada desde un principio por todos los concurrentes, los cuales se limitaron, en vez de imitar sus brindis, á escurrir sus gestos incongruentes. Ella lo vió y desbordándose la violencia de sus nervios, dijo:

—¿Por qué estáis así? ¿Qué me dicen vuestras miradas de idiotas?

Algunos protestaron... Enrique Petworth presentía una catástrofe y le chispeaban los ojos.

—Salid de aquí!...—siguió gritando La Soberana...—¡No destruiréis lo que es mío; nada más que mío!... ¡Salid, miserables!

Que esa mujer las dijera en serio, en pleno uso de la razón, ó á consecuencia de una locura, las palabras surtieron un efecto deplorable en los presentes, que se marcharon, aquella noche, disgustados.

Enrique Petworth, amenazando con fiereza á

La Soberana, la arrojó á la calle y le vaticinó que, con toda su belleza, la habría de ver mendigando en el arroyo.

La noche era fría, y fría también la visión de la realidad de su nueva vida...

*
**

El azar había decretado el encuentro de Rosaura con el joven Victor Annesley que como ella se dirigía á Nueva York.

La obligada cortesía entre viajeros que ocupan un mismo departamento convirtió á Rosaura y Victor en buenos amigos. Al despedirse en Nueva York, Victor deseó á Rosaura que fuese ella tan dichosa como él lo sería si volviera á encontrarla; ella respondió que no sería muy difícil verse otra vez, pues pensaba dedicarse al teatro.

Y con el transcurso de los meses, el genio que en el alma de Rosaura dormía, la hizo llegar, en rápida ascensión, á las cumbres de la gloria escénica.

Así no fué difícil á Victor seguir la marcha de su amiga, cuyo nombre repetían á diario las infinitas lenguas de la fama.

La noche del estreno de una ópera en que

Rosaura interpretaba el papel de protagonista, fué su consagración definitiva como eximia cantatriz.

Victor, que era siempre el primero en acudir á su camarín, la notificó:

—¡Admirable, Rosaura! Todo Nueva York está rendido á sus pies... pero temo que su triunfo cueste una pérdida muy dolorosa á mi corazón.



Así no fué difícil á Victor seguir la marcha...

Rosaura, con adorable acento, le dijo:

—¡Quién iba á pensar que en poco más de un año alcanzaría tanta gloria!... Para mí, sin embargo, vale mucho más nuestro amor.

Entretanto, La Soberana, que á pesar de los muchos amigos que tuvo en el camino de la felicidad, se vió tristemente sola por la senda del dolor y del olvido, se hallaba en un lúgubre fu-

madero de opio, el cual frecuentaba á menudo y pedía con fiebre devoradora de descanso y olvido:

—Dame opio, chino, mucho opio... No puedo estar con mi niña esta noche y necesito soñar... soñar...

La razón pugnaba por vaciarse de su cerebro eliminada por sus muchos sufrimientos.

Victor salió del camarín de su prometida para esperarla en el escenario, como de costumbre, y se detuvo cerca de dos amigos que hablaban de Petworth al verle penetrar en el camarín de Rosaura. Por ellos supo Victor que Petworth era el jugador famoso que hasta hacía un año explotó la hermosura de La Soberana, y le molestó que un hombre así fuese á ver á su Rosaura.

Después de felicitar por sus clamorosos éxitos á su "*pequeña desertora*", como se atrevió á llamarla en recuerdo de aquel primer y único día que estuvo en su casa, Petworth, sin conceder importancia alguna á la hostilidad con que ella le recibía, la enteró de que no le había traído solamente el propósito de felicitarla, sino el encargo de avisarla que la Soberana, que ella conocía como protectora, estaba enferma y deseaba verla.

Rosaura no quería en modo alguno ir con Enrique, pues su compañía, además de serle desagradable, podía perjudicar su buena reputación.

No deseando tampoco volver á la casa de juego donde ella suponía que seguía viviendo aquella vida su protectora, por el mismo temor á su prestigio de mujer buena, Rosaura se negó á

seguir á Enrique. Pero éste, apelando á la virtud elemental de todo ser bien criado, le notificó:

—Perfectamente: le diré que la muchacha para quien ha tenido cuidados de madre se niega á verla, pagándole con ingratitud.

Convencida de que era su deber acudir al lado de su protectora, Rosaura venció sus escrúpulos, anteponiéndoles el escudo de su preclara honradez para no tener ni el temor siquiera de que Victor diese alguna importancia al hecho de que Enrique la acompañase aquella noche. Antes de salir, sin embargo, se excusó con Victor, a quien manifestó:

—Me apena mucho separarme de usted esta noche, pero es indispensable... Perdóneme, Victor.

*
**

Enrique y Rosaura llegaron al fumadero clandestino de opio donde La Soberana en busca del olvido consolador iba encontrando una mansa locura.

Rosaura, extrañada de que Enrique la condujera á una especie de bar, no se mostró dispuesta á entrar en él, permaneciendo en la calle. Entonces Enrique se puso al habla con un chino

sentado al interior del bar y pronto Rosaura vió como una puerta secreta, invisible en la pared, se abría al pulsar un resorte. Rosaura miró asombrada hacia el fondo de dicha abertura y sus ojos presenciaron, entre otras escenas que ella nunca se hubiera imaginado, á su protectora paseándose por un recinto infecto, meciendo en sus brazos una almohada figurándose era un ser viviente querido.

Percatada de la triste situación de la mujer que tan desinteresadamente se había ocupado de formarla para luego afrontar la vida con las armas de la instrucción, Rosaura no vaciló en llevarle su consuelo y ofrecerle su ayuda.

La Soberana no reconoció á Enrique ni á Rosaura y prosiguió su desgarradora cantinela:

—Duerme, niña mía... nunca sabrás que yo soy tu madre; nunca echaré sobre tí la desgracia... ¡Qué dicha si una sola vez te hubiera oído llamarme madre!

Rosaura atribuía estas palabras á la locura de la infeliz mujer que siguió hablando sola sin ocuparse de los que la estaban observando.

El doloroso efecto que producía en Rosaura la demencia de su protectora, llegó á su grado máximo de resistencia. Horrorizada, Rosaura recriminó á Enrique:

—¿Por qué me ha traído usted aquí? ¿Qué se propone con mostrarme ese cuadro de dolor?

Enrique esperaba esa interpelación; la estaba deseando para vengarse de lo que hizo La Soberana por culpa de Rosaura la noche aquella de su llegada del pensionado, y halló placer en echar en cara á Rosaura esta revelación:

—Usted se creyó demasiado alta para mi casa,

y he querido que conozca su *ilustre* origen... ¡Esa mujer es su madre!

A Rosaura se le partió el alma; la lucha que sostuvo durante brevísimos instantes fué inconcebible. Eran el espíritu y la sangre que se contradecían. Pero al fin, como era lógico, venció la sangre y Rosaura se arrojó á los brazos de su madre. Esta no la hizo caso y no interrumpió su plática con el ser imaginario. Rosaura, llorando amargamente, la preguntó, ansiosa de que volviese á la razón:

—¿No me conoces, madre mía? ¡Yo soy Rosaura... tu Rosaura!

Fué tal la insistencia de Rosaura, que en la alucinada despertó el recuerdo, y su rostro expresó una angustia mortal al ver descubierto el secreto, ignorándose el cual sería feliz su hija. Y enardecida por el deseo de asentar sobre la base de su sacrificio eterno la dicha de su hija, La Soberana, esa mujer de nombre malo y de gran corazón, tuvo el valor necesario para renunciar á sus derechos sobre Rosaura. Y gritó, amenazando á Enrique:

—¡Este hombre mientel! ¡Yo no soy tu madre! Enrique sonrióse sin piedad para el harapo que era la antigua adorada mujer.

Una idea obsesionante se apoderó entonces de la mente atormentada de la infortunada mujer; la vida de su hija la había roto Enrique con su traición infame; á esa idea se impuso la obligación de cumplir lo que ella prometiera á Enrique cuando le confesó quien era Rosaura. Y dirigiéndose á él, con ojos de fuego y los puños cerrados, le recordó:

—Dije á usted que lo mataría si...

Se le cortaron las palabras en su garganta, cayeron sus brazos sobre su cuerpo que, por el efecto de un fuerte pinchazo hizo una rápida convulsión hacia atrás y cayó brutalmente de espaldas al suelo. ¡Había fallecido á consecuencia de un ataque al corazón!

Rosaura alivió el peso de su honda emoción



—¡Este hombre miente! ¡Yo no soy tu madre!

vertiendo copioso llanto sobre el cadáver de su desventurada madre.

Este nefasto acontecimiento vino á recordar á Rosaura que ella no conocía á su padre y, como si le hiciera tal pregunta para proporcionarle el complemento de su venganza, preguntó á Enrique:

—¿Y quién fué el villano?.. Si, dígame el nom-

bre de mi padre.

Petworth, cínico, la contestó:

—A mí, sólo me importaba mostrarle á su madre... Ya conocerá usted á su padre algún día.

Enrique ignoraba este detalle, pero intencionadamente puso en sus palabras la vaga impresión de poseer este otro secreto.

*
**

Cierta mañana, en una quinta de un pueblo tranquilo, Antero Brabazón, que adoptó y educó á Victor Annesley, y su inseparable y viejo amigo Pedro Cowsad, leían dos cartas recibidas de Nueva York casi al mismo tiempo, por singular coincidencia.

Una de las cartas era de un camarada de Cowsad y decía lo siguiente:

“Mi querido Cowsad: Anoche vi á Victor en compañía de una muchacha interesantísima. Parece que el chico ha dado el golpe en Nueva York y, por lo que se ve, manifiesta un gusto estupendo...”

La segunda carta era de Victor, que escribía á su padre adoptivo:

Querido padre: Usted me indicó siempre la

conveniencia de casarme para sentar mi un tanto desquiciada cabeza. Pues bien; he encontrado una muchacha adorabilísima. Cuando usted la vea, estoy seguro de que la querrá tanto como yo. Su consentimiento para nuestra boda hará de nosotros las criaturas más felices de la tierra.

Victor^a.

Pedro Cowsad, que gustaba de considerarse un consejero indispensable, descargó sobre Brabazón toda la responsabilidad del viaje de Victor á la ciudad gigante, recordándole que él le había aconsejado que no le permitiera ese capricho.

Brabazón, á quien la experiencia de los años había aleccionado en los diversos cursos de la vida, opinó que era preciso salir para Nueva York inmediatamente.

Por la noche, mientras los dos viajeros llegaban á Nueva York, Rosaura, en su camarín del teatro, á la hora de principiar el espectáculo, recibió una nota manuscrita de Enrique, que decía así:

"Yo sé que usted vendrá á mi casa, que ya conoce, porque el asunto la interesa extraordinariamente. Dirijase aquí apenas salga del teatro.

*Muy afectuosamente,
E. Petworth^a.*

La situación de Rosaura era difícil. El temor á las indiscreciones de Petworth y el deseo de saber quién era su padre, la hicieron tomar la resolución de acudir á la cita. Para ello tuvo Rosaura que rogar nuevamente á Victor que la perdonase si un suceso inesperado exigía que no se viesen aquella noche.

Victor regresó al hotel, preguntándose esta vez cuál podía ser el motivo que obligaba á su prometida Rosaura á no salir con él del teatro.

Al llegar al hotel donde se hospedaba, no tuvo tiempo Victor de saludar á su padre adoptivo y al amigo de éste, pues el primero, yendo al grano, preguntóle:

—¿Quién es esa mujer, Victor?

—Ya me figuraba que esa sería su primera pregunta... Pues ¡pues es la muchacha más encantadora del mundo!

—Bien, bien; pero... ¿quién es ella? ¿quién es su familia?

—A ella la conoce usted... Es Rosaura Athelstone, la novísima estrella del Broadway.

—¡Una actriz! ¿Casarte tú con esa mujer? ¡Ni pensarlo!

—¿Cómo voy á renunciar á ella si la amo con toda mi alma?

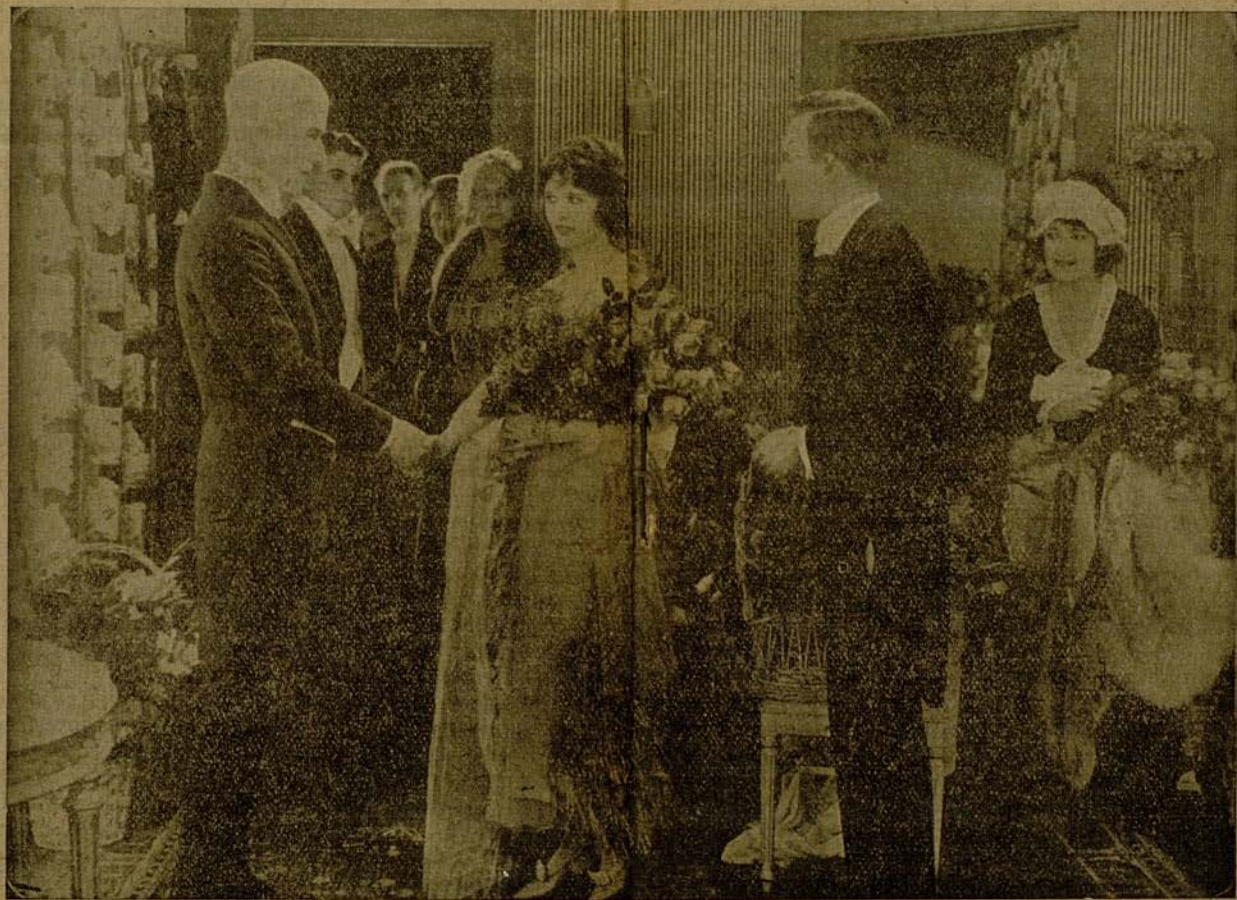
—Eso no es amor; es un capricho pasajero. Yo me casé con una mujer de teatro. Durante un año vivimos felices. Después... ella me abandonó... como esta mujer te abandonará á tí.

—¿Va usted á juzgar por una á todas las mujeres?

—Yo te digo que todas las mujeres de escenario son iguales, Victor. Tú eres joven. Sigue ese amorío, si te agrada. Diviértete con ella; pero vuelve á mí... solo.

—¡Buén Dios! ¿Es posible que usted, el hombre que me enseñó á respetar á todas las mujeres, me mande destruir juventud é inocencia, haciendo un juguete de la mujer á quien amo?

—Esa no es una mujer... ¡es una actriz!
Molestado ya, Victor exclamó:



La noche del estreno de una ópera en que Rosaura interpretaba el papel de protagonista...

—¡Una actriz! ¡Algún día, cuando ustedes la conozcan, se arrepentirán de esos bajos pensamientos, propios sólo de almas mezquinas!

Luego, salió del hotel con dirección al teatro donde trabajaba Rosaura, desoyendo cuanto su padre adoptivo ó Cowsad le sermonearon.

—¡Abominable! ¡Abominable!—repetía el viejo Cowsad; pero no quitaba ojo del retrato de la actriz que en su curioso había descubierto.

En cambio, Brabazón meditaba lo que le sucedía á su hijo adoptivo, buscando una solución amistosa y conveniente, pues el asunto tenía para él suma gravedad.

Antes de que Victor hubiese vuelto al teatro, Rosaura habíase marchado ya; no obstante, la doncella de Rosaura le indicó el sitio en que hallaría á su señora, dato éste que le fué comunicado por Rosaura misma, por si algo sucediese.

Según informes que fué recogiendo anteriormente, Victor sabía que la dirección dada por la doncella de Rosaura correspondía exactamente á las señas de la casa de juego y demás combinaciones fuera de la ley, que poseía Enrique Petworth.

Intrigado, al fin, Victor, por las inexplicables relaciones de Rosaura con Petworth, y mayormente de su presencia en la casa de éste, quiso poner las cosas en claro y desde el teatro se trasladó á la citada casa.

En tanto, Rosaura, entrevistándose con Petworth, le pedía:

—¿Quiere usted explicarme, Señor Petworth, el significado de esta carta?

—Venga... mire usted esto.

Rosaura vió la mesa de juego cubierta de co-

pas de champaña que los jugadores, al verla, levantaron en alto y apuraron en su honor.

Aquello no podía ser del agrado de Rosaura, y si sólo era por ello por lo que la había llamado Petworth en su casa, no podía permanecer ni un minuto más en aquella esfera que no le convenía; iba á partir pero Petworth la sorprendió la intención y la indicó:



Aquello no podía ser del agrado de Rosaura...

—Antes de que usted se marche, deseo que me conceda un momento de atención... Pase usted en este saloncito: usted debe venir aquí con mi huésped. Su belleza y su fama harán de esta casa una pequeña mina de oro.

Dignamente, ella le repuso:

—Gracias por su proposición... pero no la

acepto.

—Entonces diré al mundo entero que La Soberana era...

Rosaura le interrumpió para decirle todo lo aborrecido que le era... Y se suscitó una acalorada discusión.

Los asiduos al templo de juego de Petworth comentaban la entrevista de éste con Rosaura, y uno de ellos dijo:

—Es la antigua protegida de La Soberana. Petworth quiere atraérsela, con los mismos fines con que se atrajo á la protectora.

Victor, llegado en el momento en que tenían lugar las maliciosas murmuraciones acerca de su prometida y Petworth, se enteró de ellas y, agraviado en lo más íntimo de su ser porque se hacía objeto á Rosaura de un tratamiento vulgar, calificándola de protegida por una mujer de vida libre, á ió por el cuello al que había pronunciado palabras tan infamantes para que, si eran ciertas, se las repitiera frente á frente. Se agitaron los ánimos y se esperaba asistir á una inevitable riña, pero el ofensor echóse á reír á la cara de Victor, diciéndole:

—Comasión merece usted, por necio..... Apuesto que ella está ahora mismo en los brazos de Petworth...!

Preso de una duda que por lo imposible que le parecía era más cruel, Victor disponíase á abrir la puerta del saloncito donde estaba Rosaura con Petworth, para convencerse de si en efecto estaban juntos. No tuvo tiempo de hacer lo que se propuso, pues éstos, abriendo la puerta, aparecieron á los ojos atónitos de Victor y curiosos de los demás.

Victor se dejó llevar por sus celos mal reprimidos, y cerró su espíritu á la reflexión, quedando sólo en él la duda, ese terrible y temible mal. Quiso huir, pero sus pies se le resistieron; entonces, dominado por el dolor del desengaño, incriminó á Rosaura:

—De modo que era verdad lo que decían: que tú eres... que ese hombre es...

Ella, sin inmutarse, erguida en su honestidad, le miró con calma desconcertante.

—También debe ser cierto que tú eras una protegida de La Soberana...—añadió Victor.

Petworth se aseguraba el triunfo sobre Rosaura, y Victor, en vista del silencio de ésta, consolidaba su duda atroz...

Pero la voz de Rosaura, clara, serena, apoyada por una seguridad invisible de que no había nada en el mundo que tuviera que temer, contestó á Victor, dirigiéndose al mismo tiempo á todos los presentes que la rodeaban:

—Protegida, no. La Soberana era mi madre.

La nobleza de su corazón la acreditaba de buena. Victor estaba arrepentido del tono que había empleado con Rosaura, y reconocía las desagradables consecuencias que ocasiona el obrar á la ligera.

Petworth ya no sonreía: Rosaura no sería jamás capaz de renunciar á su dignidad, con la que aspiraba á borrar el recuerdo de su origen.

Rosaura, lejos de resentirse con Victor, agradeció interiormente su conducta que le afirmaba lo mucho que la quería. Y le preguntó:

—Victor... ¿Quiere usted acompañarme á casa?

La extrañeza á la par que admiración de los

que presenciaron esta escena alcanzaron su grado máximo cuando vieron salir juntos á Rosaura y Victor, cuando se figuraban que la ruptura de las relaciones era inevitable.

En casa de Rosaura, ésta dijo á Victor, que no estaba alegre como de costumbre, y con quien, durante el camino, habló de las pretensiones infructuosas de Petworth:



—Victor..... ¿Quiere usted acompañarme á casa?

—Si el ser mi madre quien era crea discrepancias entre nosotros, quiero, Victor, que usted me lo diga con toda sinceridad.

—No es eso, Rosaura... Es mi padre adoptivo... que está aquí. Viene decidido á impedir á todo trance nuestro casamiento. Pero no importa... Yo te amo, Rosaura, y serás mi esposa,

pese á quien pese.

Y ese día de la revelación que pudo ser un peligro para la felicidad de Rosaura, se despidieron Victor y ella con la más inquebrantable seguridad de su mutuo amor.

*
**

Brabazón, vista la rebeldía de Victor, trató de llegar por otro conducto al triunfo de sus planes. Fué á ver á Rosaura, á quien dijo:

Yo soy Arturo Brabazón, y Victor Annesley es mi hijo adoptivo.

—¡Ah...!

—Prometí al padre de Victor, en el lecho de muerte, cuidar de Victor y protegerlo, y mientras viva he de ser esclavo de mi promesa. Vengo, pues, á rogar á usted...

—Victor es el único afecto de mi vida—exclamó Rosaura—Le amo y me ama. ¡Es inútil intentar que renuncie á él!

—Yo soy hombre rico... Puede usted poner el precio que quiera á mi petición.

—¡Dinero! ¿Cree usted que hay en el mundo riquezas bastantes para comprar la felicidad?

—La felicidad de Victor está en que una mujer como usted salga de su vida.

—Es inútil, repito, cuanto usted diga respecto á este particular. Yo le amo y él me ama y nuestro amor es fuerte.

—En fin; si usted lo quiere así, lucharemos. ¡Pero yo venceré, señorita Athelstane, aunque para ello tenga que gastar mi último dolar!

Brabazón había hecho esta promesa con odio. Rosaura se vió bañada en lágrimas y contestó,

—Lo veremos, señor Brabazón... ¿Quién perderá, si usted quiere atraerse con las armas del odio el corazón que yo he hecho mio con las del amor?

Victor volvió á reunirse con su amada y en la escalera halló á su padre adoptivo y al viejo Cowsad, que lo había estado esperando mientras el primero hablaba con Rosaura.

Puesto al corriente Victor de las primeras noticias de las paternas gestiones cerca de su amada, no atendió los consejos de su padre adoptivo y fué al encuentro de Rosaura á quien consoló:

—No te inquieten las opiniones de los demás... y perdóname, Rosaura.

—¿A qué pedir perdón si no me hiciste mal?... Sin embargo, tú no olvidarás nunca que La Soberana fué madre... y el fantasma de este recuerdo amargará siempre nuestra ventura. Debes obedecer á tu padre adoptivo.

—¡No puedo irme, Rosaura! ¿Qué me importa el pasado de los tuyos si tú eres buena?... ¡Yo creo en ti y te amo!

—Vete con tu padre. Si dentro de un mes tus ideas y tus sentimientos no han cambiado, vuelve á mi.

—Pero Rosaura...

—Es necesaria esta prueba, Victor, es necesaria para los dos. Mira, fijate: el 27 de Octubre... Si á las doce de la noche de ese día nos ha venido, entenderé que ya no reino en tu corazón.

—Y si vengo ¿te casarás conmigo?

—No, seré para tí lo que tu padre desea... En mi tendrás el pasatiempo frívolo, el amorio que divierte y no ata...

—¡Oh, Rosaura, jamás te oí hablar así! ¡Tú no me amas! ¡Adiós!

Rosaura notó, al desaparecer de su vista Victor, que un vacío se hacía á su alrededor y tuvo el presentimiento de que había hecho mal en dejarlo partir para probar su corazón y su opinión sobre ella. Tendió sus brazos hacia la puerta de su casa y se desmayó...

Victor regresó con su padre y Cowsad al pueblo, y todo hacía suponer al segundo que por obra y gracia de sus consejos había logrado libertar del poder de la actriz á Victor y que éste no la recordaría más.

Pero se equivocó, como también el viejo Cowsad, pues cuando estuvo á punto de expirar el plazo impuesto á Victor por Rosaura, resurgió en éste con más ahinco el recuerdo imborrable de la mujer amada, y burlando la buena fé de su padre y su amigo tomó el tren que iba á la ciudad. Estos le siguieron hasta la estación, pero no pudieron partir hasta una hora más tarde.

Eran las doce menos algunos, pocos, minutos. Rosaura contemplaba el retrato de Victor y se preguntaba si sería capaz de no creer en su verdadero cariño de esposa; de pronto, sus ojos se alzaron del amado retrato para posarse en la puerta en cuyos umbrales acababa de aparecer

la dicha.

¡Era Victor! ¡El! ¡Había cumplido!

A las primeras horas de la mañana siguiente el padre de Victor y Cowsad fueron á casa de Rosaura. El primero preguntó por su hijo y dijo á la actriz:

—Usted lo ha seducido con hipócritas alardes de inocencia, con falsas ternuras de amor... ¡usted, digna hija de La Soberana!

—¡Caballero, yo soy buena! Y también le prohibo...

—Es muy sencillo hablar de honradez... ¿Sabe usted siquiera quién fué su padre?

—Acaso un hombre de honor y de buena fé... á quien *también* aconsejara su padre hacer mofa de la mujer que era su amor, seducirla y volver solo á su casa.

—Seducir á La Soberana no sería empresa difícil, ni abandonarla caso de conciencia.

—Con el nombre de La Soberana tal vez no; pero sí cuando se llamaba Elena Gray.

Victor se presentó en aquel instante.

Su padre adoptivo le atrajo á sí, le miró fijamente, preguntándole con la vista cuál había sido su conducta con Rosaura durante la noche anterior. Le suplicó:

—¡Por el amor de Dios, Victor... ten cuidado con lo que hablas!

—Sí, yo vine aquí á media noche; pero no quise salpicar de cieno la bondad y la belleza, porque eso no lo manda Dios... ¡Me casaré con Rosaura á despecho de usted!

—¡Gracias, Dios mio, que le has iluminado la senda del deber!—exclamó Brabazón, con alegría inmensa. Luego, dirigiéndose, cabizbajo, á

Rosaura, le confesó con humildad:

—Rosaura... Yo fuí el seductor de Elena Gray... Tú eres mi hija. No puedo desagraciar á la que se ha ido, ni soy digno de la que ha quedado... Mas ya que por amor pequé, por amor solicito perdón. ¿Verdad que me perdonas, hija mia?

Brabazón estaba sinceramente arrepentido. Rosaura, en cuyo corazón no cabía más que el amor, abrazó á su padre en señal de perdón.

Victor estaba perplejo y sólo le arrancó de su situación embarazosa la realidad de los brazos de Rosaura, á quien Brabazón empujaba hacia Victor.

Cowsad, quien en su instinto de curiosidad había ido á ver, mientras Brabazón le decia cuatro palabritas claras á la actriz, si había algún retratito sugestivo en otro salón, se reunió con Brabazón. Este le manifestó:

—Nunca precavemos el daño que puede causar una intransigencia. La mia ha estado á punto de sacrificar á dos seres que pueden ser felices con su amor.

Cowsad habia observado con interés lo que hacian los dos tórtolos que se arrullaban, y no le pareció mal eso del amor. Resignado, pues, con resignación cómica, dijo á Brabazón:

—Aunque vine á lo contrario precisamente, el caso es servir para algo, amigo Brabazón... Seré testigo de esa boda.

FIN.

Programa "Capitolio"

Las películas de más éxito de la temporada actual han sido:

Los cuatro Jinetes del Apocalipsis
Cleo La Francesita :: La Dama de las Camelias : Carmen del Klondike



y las que batirán el récord de la próxima, serán

Mujeres frívolas :: No me olvides
Eugenia Grandet :: La fuga de la novia :: La rosa de New-York

Retenga estos nombres y acuda donde se exhiban y admirará lo mejor en cinematografía.

La venta exclusiva de
**La Novela Semanal
Cinematográfica**
en España y América
pertenece á la
**Sociedad General
Española de
Librería**



Ferraz 21, Madrid. Barbará 16, Barna.

La Novela Semanal Cinematográfica



Precios de suscripción
(pago anticipado)

Barcelona y provincias

Año 12 pesetas
Semestre. 7 "

Extranjero

Año 18 pesetas
Semestre. 10 "

Portugal, América y Filipinas

Año 14 pesetas
Semestre. 8 "

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (III edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre á hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constante Talmadge
12	La primera novela	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix
19	Corazon de lobo	Gladys Walton
20	Sueños juveniles	Almé Simon Girard
21	El Mundo y la Mujer	June Caprice
22	Corazones humanos	Sessue Hayakava
23	El Premio Gordo	Alice Brady
24	La Desconocida	Georges Biscot
25	Robin de los Bosques	Hesperia (extraordinario)
26	La Verdad Desnuda	Harry Carey
27	El octavo no menta	Mary Miles Minter
28	Gleo La Francesita	Charles Ray
29	La hija del pasado	Ruth Roland



Imprenta E. VER-
DAGUER MORE-
RA. Topete, 2 al 16
:: :: TARRASA :: ::

